



# NAZARÉ

*Su toque fluído, desconcertante*

*y triste, me ayudó a comprender*

*mejor el alma brasileña.*

– Darius Milhaud –

Entonces, el tranvía eléctrico era el último grito de la tecnología. Los hombres aún se enceraban las puntas del bigote y ataban el tiempo a una leontina. Andar de prisa no era bien visto.

En los clubes privados de la ciudad de Rio, en sus elegantes Cafés, o en alguna casa en que se reunían poetas, pintores y músicos Ernesto Nazareth encantaba a cuantos le escuchaban al piano. Todos quedaban fascinado al escuchar esa música que poseía el refinamiento del arte musical de Europa pero al mismo tiempo resultaba brasileña. Y qué bien venía, entre tantas polcas y valeses y scottischs y arias italianas que lo saturaban todo, todo el tiempo.

Nazareth había logrado en sus composiciones un perfecto equilibrio entre elementos musicales de orígenes diversos. Un mestizaje que era el reflejo sonoro de la composición racial del Brasil. Luego el gran Villa-Lobos, gran admirador suyo, diría de él: “era la verdadera encarnación del alma musical brasileña. Transmite de manera admirable y espontánea las emociones vivas de un pueblo...”

En las armonías de Chopín bebió esa languidez, esa nostalgia que le es tan natural al alma brasileña – saudade nacida en las modinhas – y tejió sobre ellas unas melodías muy típicas, que casi siempre tienden a ir de lo agudo a lo grave, en tonos menores, llenas de dulzura y de una elegante simplicidad. Toda esa delicadeza armónico-melódica la hacía fluir de manera natural sobre un sandungueo ritmico que no podía tener otro origen que Africa.

Sandungueo sincopado que mucho le debía tanto al *lundú* – esa danza que es fandango portugués con batuque negro – como a la *habanera*, que llegó de Cuba donde se llamó contradanza y que al llegar allí ya traía lo negro en su viaje desde Francia, vía Haití y Nueva Orleans... Algo de polca también había en su pianismo.

Nazareth llamaba a sus composiciones tangos brasileños. Muchos dicen que no eran más que maxixes y es cierto que hay muchos puntos en común entre sus tangos y esa danza mestiza nacida en la segunda mitad del siglo, en su Rio de Janeiro natal. La diferencia está en el nivel artístico en que Nazareth creaba.

Él convirtió esas piezas en música de concierto, música para ser escuchada más que nada; fijando sistemáticamente esas características fórmulas melódicas, esas estructuras armónicas y esas células rítmicas en que basaba sus tangos. Los maxixes se bailan, los tangos de Nazareth se escuchan. Y al tocarse, debe el intérprete encontrar ese delicado equilibrio entre lo danzable y las sutilezas del sonido, del fraseo; entre la estabilidad del tempo y la flexibilidad que impone la expresión.

Dicen que en las soirées de las familias adineradas de Rio, cada vez que una niña hacía un recital de piano deleitando a los presentes con valeses de Chopin, con preludios de Bach, con intermezzos de Brahms, o con canciones sin palabras de Mendhelsson, nunca faltaba algún convocado que al final, para cerrar con broche de oro, pidiera: "...ahora, por favor, tocanos un tanguito de Nazaré."

En La Habana, Ignacio Cervantes componía sus exquisitas danzas domésticas para piano, por las que entraría en la historia. En París, Alphonse Mucha, adorador del principio femenino de La Creación, aprovechaba la imagen de las flores y las mujeres como símbolos, para crear un estilo desde sus litografías.